

EL HOMBRE QUE CORRÍA PENSANDO EN LA GRIETA MOHOSA DEL AZULEJO DEL BAÑO DE SU CASA HIPOTECADA

Lo vio todo el mundo: Empezó a correr con esa energía vital que le caracterizaba, campo a través por la estepa de Atapuerca, mientras pensaba que la vida no era más que una carrera de fondo. Y gradualmente fue apareciendo la debilidad en las piernas, en el corazón, en los pulmones: taquicardia, taquipnea, sudor, dolor, flojera... Para, de súbito, la FORTALEZA rebelarse y capitanear su pensamiento. Nadie corría con los pies, todos corrían con la cabeza.

Y pensó en la hipoteca, y en la grieta mohosa en el azulejo del baño, y en el oficina, y en el quince M, y en el moroso de la comunidad de vecinos, y en Punset, y en Galdós, y en la Estaban, y en las imágenes de Marte enviadas por el *Curiosity*, y en el sexo, y en los productos para celíacos de Mercadona, y en aquel terrible momento en el que se le bajaron los pantalones en clase de gimnasia, y en la cena con sus suegros en Nochebuena... y pensó en los remordimientos y la nostalgia de las cosas a medias, del paso del tiempo, de la frustración, del amor... todo eso embuchado en las circunvoluciones del cerebro como en las tripas de un salchichón curado, todo eso en la cabeza mientras corría y pensaban que la vida, en el fondo, no era más que una carrera.

Así que nadie pudo imaginarlo, me refiero a los gritos, los reflectantes, las luces, las sirenas y aquellos *apártense* y *dejen paso*, y todo para recoger a aquel corredor que pensaba en grietas y en productos para celíacos, ahora tendido en el suelo y con la mitad del cuerpo hundido en el barro, ahora sin pensar, sin vida, muerto: todo el mundo lo vio.

Peatón Fernández